La que no existe: descubrir la madre en la historia y literatura de los Estados Unidos

Bárbara Ozieblo*

La madre no existe; no figura ni en la historia ni en la literatura porque la mujer es —somos— madre únicamente para nuestros hijos y nuestras hijas. Sólo ellos pueden reconocer a la madre en nosotras. Todo lo demás no es sino una construcción del patriarcado, una imagen que la sociedad nos impone a las mujeres mediante la cual nos controla y nos subyuga. El patriarcado nos asegura que ser madre es equivalente a ser mujer, que la tarea sagrada de traer hijos y de cuidarlos es nuestro privilegio y, habiéndonos negado cualquier existencia que no dependa de nuestra maternidad, relega esta función a la esfera doméstica que ha convertido en invisible. Somos pues, invisibles. No existimos; a no ser que aceptemos ser vampiresas, objetos sexuales, putas... seres cuya existencia el patriarcado sí reconoce pero desprecia. Podemos subvertir este orden de cosas si nos aliamos con nuestras hijas; tenemos allí la posibilidad de un vínculo doble: ellas reconocen nuestra maternidad; ellas son madres en potencia; y nosotras somos hijas. Si en vez de aceptar nuestra invisibilidad desechamos las actitudes agresivas que aprendemos del patriarcado y nos concentramos en nuestras hijas y en nuestras madres habremos creado un vínculo explosivo que podrá transformar el mundo...

Hace tan sólo treinta años encontrar a la mujer en la historia o la literatura de los Estados Unidos era imposible por impensable. Hoy, aunque a regañadientes, el mundo acepta que existimos. Pero las contradicciones entre la realidad física de la maternidad y la representación simbólica son tales que a menudo nos impiden saber lo que nosotras mismas deseamos, lo que esperamos de nuestras hijas o de nuestras madres. Intentaré aquí descubrir a la madre en la historia y la literatura norteamericana con el fin de dilucidar esta compleja relación en celebración de una maternidad que se aleja de los conceptos tradicionales que imponen la sumisión, el sacrificio y el silencio a la mujer.

* * *

¿A cuántas mujeres norteamericanas puede enfocar nuestra imaginación? Supongo que Hillary Clinton y Bárbara Bush se presentarán en nuestras pantallas mentales; las dos son madres: la una tachada de ambiciosa, de carente de valores morales y de mala madre

* Universidad de Málaga.

©Universitat de Barcelona

mos. Si no se presta un esmerado cuidado y atención a las señoras, estamos decididas a fomentar una rebelión, y no reconoceremos ninguna ley en la que no tengamos ni voz ni representación".[6]

Adams se mofó de los consejos de su mujer y, negándose a reconocer que ella utilizaba los mismos argumentos que justificaban la separación de las colonias de Gran Bretaña, le aseguró que los hombres jamás se desprenderían del "sistema masculino" que tantos privilegios les otorgaba. Pero el nuevo gobierno tuvo que contentar a las mujeres de alguna forma, e inventó el concepto de la "Madre Republicana". Esta mujer, la madre de los hijos de los Estados Unidos, aunque desprovista del derecho al voto y clasificada por ley con los esclavos, los indios nativos, los niños y los locos, tenía no obstante la máxima responsabilidad que se podía otorgar a cualquiera: era la educadora de los futuros demócratas norteamericanos, quienes, según la nueva constitución, podían todos aspirar a ser Presidente. La madre, pues, tenía el papel más significativo en el desarrollo de la vida de la nación; para citar a Catherine Beecher: "Pero ¿no se encomiendan a la mujer las tareas de más alta responsabilidad? ¿No es su profesión el cuidado de la mente, del cuerpo y del alma? y eso, en el momento más crítico de la existencia."[7]

Beecher, procedente de una familia protestante de gran tradición y arraigo, apoyaba los conceptos y argumentos masculinos que dictaban que: "La parte igual que todo ciudadano tiene en la libertad y la parte posible que pueda tener en el gobierno de nuestro país hace necesario que nuestras damas sean cualificadas hasta cierto grado por una educación específica y adecuada, para ayudar a la instrucción de sus hijos en los principios de libertad y de gobierno".[8]

La mujer, como podemos deducir, no tenía la condición de "ciudadana" y la instrucción que debía recibir la prepararía para ser buena ama de casa, buena madre y buena educadora de los hijos en sus primeros años. No todas las mujeres aceptaron con Beecher las limitaciones de un sistema educativo así: hubo muchas que insistieron en que la mujer, para poder educar, necesitaba más conocimientos que los que le tocaría impartir; la "Madre Republicana" debía, según ellas, recibir la misma educación que sus hermanos, utilizar los mismos manuales, y someterse a los mismos exámenes. Hacia finales del siglo, consiguió, entre otros logros, que la Universidad de Harvard abriera un Anexo para mujeres, hoy Radcliffe College, y que se

6. Abigail Adams a John Adams, 31 marzo 1776, y la contestación de John Adams, 14 abril 1776, en Ozieblo,Bárbara, *Un Siglo de Lucha: La Consecución del Voto Femenino en los Estados Unidos*, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1996, pp. 26-7.

7. Catherine Beecher, *A Treatise on Domestic Economy* (1841), Schoken Books, New York, 1977, p. 30.

8. Dr. Benjamin Rush, citado en Ozieblo, Bárbara, *Un Siglo de Lucha*, p. 31.

©Universitat de Barcelona

reconociera el derecho de la mujer a estudiar y a ejercer en los campos de la medicina, la ley, la política y la educación superior femenina.

Hurgando así en la historia de los Estados Unidos vemos a la madre como la que educa a los futuros ciudadanos. Pero a ella, a ella como persona que sufre, goza y participa en la vida de la nación, no la vemos. Y lo mismo nos ocurre en la literatura. La literatura norteamericana, en las obras canónicas de los autores reconocidos como "clásicos", apenas admite la figura de la madre. La mujer, si se me permite recordar las palabras de Fiedler, es retratada siguiendo dos estereotipos: la pálida, inocente y sufrida novia o la apasionada amante de ojos oscuros y pelo moreno.[9] Las dos son huérfanas; ni una ni otra podrá ser madre. La primera porque al rechazar la pasión morirá al dar a luz, la segunda porque su amor es siempre ilegal y no podrá ser sancionado por la concepción. Esto no quiere decir que las mujeres que enriquecen las páginas de la literatura nunca serán, ni hayan sido, madres. Pero la maternidad no las ocupa de lleno —y cuando lo hace, no son ellas las protagonistas. Un estudio de las novelas de Susan Fromberg Schaeffer provocó la siguiente reflexión— reflexión que podemos extender a la figura de la madre en la literatura y en la vida —y que merece ser citada: "Cuando los personajes centrales son hijas, somos muy conscientes de ese papel, lo mismo que lo son ellas. Pero cuando el personaje central es una madre, a menudo percibimos que está alejada de sus hijos y de su maternidad ya que estos ocupan un lugar marginal en su vida."[10] Sólo podemos ser madres para nuestros hijos; la maternidad nunca ha sido materia de novelas; dar un lugar privilegiado en nuestras vidas a los hijos y tener a la vez una vida "interesante" son alternativas verdaderamente excluyentes.

Sin embargo, la figura de la madre atrae a las escritoras norteamericanas; empujadas por Virginia Woolf, por las psicólogas Dorothy Dinnerstein y Nancy Chodorow y por unas psicólogas francófonas que se han infiltrado en el movimiento feminista de los Estados Unidos, las escritoras se interesan cada vez más por la madre, no como un símbolo sino como un ser, como una persona, y tratan de entender su cometido y su postura ante la vida.[11]

9. Para un magistral estudio (pre-políticamente correcto) de las heroinas de las novelas norteamericanas veáse Fiedler, Leslie, *op. cit.*, capítulo 10.

10. Gottschalk, Katherine K. «Paralyzed in the Present: Susan Fromberg Schaeffer's Mothers, or Daughters» en Pearlman, Mickey, *Mother Puzzles: Daughters and Mothers in Contemporary American Literature*, Greenwood Press, New York:, 1989, p. 141.

11. Como señala Paulina Palmer en *Contemporary Women's Fiction: Narrative Practice and Feminist Theory*, Hemel Hempstead, Herts.: Harvester Wheatsheaf, 1989, p. 96) la re-evaluación de la maternidad se relaciona con la re-evaluación positiva de las características "femeninas" de sustento y co-operación. Sin embargo, Lynne Segal atribuye el creciente interés por la maternidad a la poca satisfacción que ofrece la vida profesional a la

©Universitat de Barcelona

Encontramos un ejemplo en la novela *Beloved* de la Nobel Toni Morrison, donde la figura central es una madre, Sethe; su tragedia es precisamente la maternidad, la maternidad en las condiciones inhumanas de la esclavitud.[12] Sethe, una Medea moderna, burlando el orden dominante del hombre blanco, prefiere matar a su hija que dejarla en el cautiverio; años más tarde esta hija vuelve —presencia real o espíritu— y hambrienta del amor maternal, comienza a devorar a su madre. Gracias a la comunidad y a un hombre "feminizado", un hombre que huye de la aventura, y que logra entender el dolor materno, Sethe recupera su voz y, rememorando un pasado que no debe olvidarse, aprende a contar su triste historia. De esta forma Morrison rescata del vacío que es el silencio, un episodio real de los tiempos de la esclavitud en los Estados Unidos —y provoca una meditación sobre la responsabilidad materna, sobre la relación entre madres e hijas y el papel positivo que puede jugar un hombre capaz de asumir una actitud típicamente femenina de comprensión y de amor.

Otra novela, ésta de Jane Smiley (ganadora del premio Pulitzer por *Herederás la Tierra*), nos acerca a una madre madura y a una problemática de vida diaria con la cual nos puede ser más fácil identificarnos que con Sethe.[13] *Ordinary Love* (*Amor corriente*) publicada en 1990, ofrece la figura maternal como protagonista, y explora la relación que tiene con sus cinco hijas e hijos. A pesar del divorcio cuando eran pequeños, y de no haber tenido la custodia de los niños, ni haber tenido apenas contacto con ellos, ha logrado establecer una relación de confianza y de amor. Ahora que la voluntad del padre no lo impide, se acercan a la madre, ansiosos de recibir su cariño, de participar de su experiencia y de sus memorias que les ayudan a establecer su Yo en un mundo hostil.

Beloved y *Ordinary Love* ofrecen un ejemplo de cómo, gracias al movimiento feminista, hemos podido incorporar nuestra experiencia en la cultura y en la memoria colectiva. En el caso de Toni Morrison, la protagonista es una mujer de una minoría muy hostigada por la historia de su país, pero el amor y la angustia maternal los podemos comprender todas las mujeres. La protagonista de Jane Smiley es una mujer «normal» en la comunidad norteamericana (blanca, anglosajona, protestante y de clase media) y nos enseña lo difíciles que son las relaciones con los hijos, pero también, lo satisfactorias que pueden ser. Las novelas anteriores al movimiento feminista obviaban el tipo de relaciones que presentan Morrison y Smiley. Lo propio de

---

mujer («Women's retreat into motherhood: back to the nursery», *New Statesman*, 113, nº 2910, 2 enero 1987, p. 17.)

12. La novela *Beloved* ha sido traducida al español por Iris Menéndez y publicada con el mismo título, Ediciones B, Barcelona, 1988.

13. La novela *A Thousand Acres* ha sido traducida por Iris Menéndez y publicada con el título *Herederás la tierra*, Tusquets, Barcelona, 1992.

©Universitat de Barcelona

una protagonista era encontrar novio y casarse; cuando se trataba de una mujer casada, la opción era aún más sencilla: la muerte o el suicidio. Hoy podemos reconocer que las relaciones con los hijos, lo que para el hombre son, tan a menudo, las pequeñeces de la vida, pueden ser materia de una obra literaria dando así entrada en la literatura a la figura de la madre.

La relación entre hija y madre constituye a menudo el eje de las novelas autobiográficas de mujeres americanas de origen asiático (y de hombres y mujeres de origen judío) donde la protagonista, norteamericana de segunda generación, necesita reconciliar sus raíces, representadas por la madre, con la realidad que la rodea. Quizás la más conocida de estas novelas es *The Joy Luck Club* (*El Club de la Buena Estrella*) de Amy Tan porque ha sido llevada al cine.[14] Anterior, y de mejor calidad literaria, es *The Woman Warrior* (*La Mujer Luchadora*) de Maxine Hong Kingston. La protagonista de esta novela no tiene nombre —al igual que su "tía-sin-nombre" que domina el primer capítulo (¿será la protagonista su reencarnación?)— y en este vacío sin nombre, innombrable, que es el choque frontal de dos culturas tan dispares, se forja su propia identidad. El conflicto entre lo que su madre desea para ella, y lo que ella va conociendo en un colegio americano no será resuelto hasta muchos años más tarde, cuando su madre, desprendiéndose de la omnipotencia maternal con un heroísmo que sólo la hija puede reconocer, acepta que la personalidad de la hija es independiente de la suya y reconoce su derecho a una vida propia. Al reconocer la madre el Yo de su hija ésta puede recoger todo lo que le ha querido enseñar y este todo, que incluye las costumbres y formas de pensar chinas, se cifra en la habilidad de "contar-cuentos". Contar cuentos, rememorar el pasado, supone reconocer los lazos con la madre, reconocer que hija y madre forman un núcleo que las concede autoridad en un mundo hostil. Así, el orden patriarcal es convulsionado, y la protagonista, igual que su antecesora Ts'ai Yen, encuentra su voz y aprende a traducirse de una cultura a otra.

La maternidad, siendo para la mujer una vivencia real e inmediata, significa para el hombre un seguro a largo plazo: no implica ni mareos ni varices sino una prolongación del Yo en el espacio y en el tiempo; es la inmortalidad, son los herederos, la viva prueba de su hombría. Los nueve meses de gestación acercan inevitablemente a madre y criatura pero el hombre, al no entender emotivamente este proceso, se distancia tanto de la madre como del recién nacido. Es más, teme este poder de vida que tiene la mujer, poder que no logra imitar y que nunca entenderá del todo. Los aborígenes australianos creen, aún hoy, que los niños son espíritus que viven en los árboles y

14. La novela *The Joy Luck Club* ha sido traducida por Jordi Fibla y publicada con el título *El club de la buena estrella*, Tusquets, Barcelona, 1990.

©Universitat de Barcelona

que entran en una mujer cuando desean convertirse en seres humanos.[15] Las culturas primitivas atribuían a la mujer la autoridad sobre la vida y la muerte; el inexplicable milagro de una nueva vida y el terror del ritual de la sangre femenina, fluyendo con una regularidad lunar, otorgaban a la mujer un poder que el hombre deseaba para sí. Por ello creó el mito de Zeus, de cuya cabeza nació Atenea, y por ello los poetas se arrogan el privilegio de "dar a luz" sus obras: como nos indican Sandra Gilbert y Susan Gubar en su obra magistral *The Madwoman in the Attic*, Sir Philip Sydney se consideraba «enorme con hijo» cuando escribía y Gerald Manley Hopkins, poeta inglés del siglo diecinueve, aseguraba que el genio del escritor es una "cualidad masculina"; Edward Said, crítico contemporáneo, considera al autor como un padre que engendra la obra literaria, mientras que Harold Bloom establece toda una teoría literaria sobre la relación padre-hijo, negando así la existencia de la mujer escritora. Según los poetas ingleses Coleridge, Shelley y Keats, el poeta es como el Dios padre y gobierna sobre el mundo ficticio que ha creado. En el siglo diecisiete, Rochester escribía para deleitar su pene, mientras que según la leyenda, Renoir pintaba con el suyo...[16] Ante tanta insistencia en el aspecto biológicamente masculino de la creación artística no es de extrañar que el canon literario oficial se componga de obras cuyos autores son representantes del sexo "fuerte" y que apenas trate de las "trivialidades" —como es la maternidad y la relación con los hijos— que se asocian con el sexo "débil".

Este deseo del hombre de apropiarse de las funciones biológicas de la mujer tiene consecuencias nocivas para nosotras ya que nos hace más celosas de esta función, reforzando así la santificación de la maternidad que la sociedad patriarcal utiliza para oprimirnos; nos enseña que la maternidad debe ser nuestra única y más importante aspiración, y nos crea complejos de culpabilidad si no sentimos esta necesidad. Recordemos la advertencia de Simone de Beauvoir cuando explica cómo la sociedad ensalza a la mujer embarazada que, "con su ego rendido, alienada de su cuerpo y de su dignidad social ... disfruta la confortante ilusión de sentirse un ser humano *en sí misma, un valor.* Pero no es más que una ilusión".[17] Por otra parte, el miedo que los hombres sienten ante el poder de la mujer-madre les ha llevado a oponer su capacidad maternal a su capacidad intelectual. La mujer-madre que haya desarrollado su intelecto constituye una amenaza inefable; no es de extrañar que durante tantos siglos el patriarcado nos haya negado el acceso a la cultura y

15. Miles, Rosalind, *The Women's History of the World*, Paladin, Grafton Books, London, 1990, p. 39.

16. Sandra Gilbert and Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth Century Imagination*, Yale University Press, New Haven, 1979.

17. Simone de Beauvoir, *The Second Sex* (1949), Penguin, Harmondsworth, 1984, p. 513. (Cursiva de Beauvoir.)

©Universitat de Barcelona

la educación y se haya esforzado por inculcarnos el culto a la maternidad. Hasta las mujeres más inteligentes han caído en la trampa; por ejemplo, Mabel Dodge Luhan, mujer culta e incansable en sus actividades artístico-bohemias en el Nueva York de la segunda década de este siglo, al abandonarla su amante John Reed, se lamentaba así: "Yo misma me había sumido en el vacío aislado del que sufría cuando me veía sin compañero, sin esa contigüidad de un hombre que me exaltaba, dándome la seguridad que necesitaba para reconocerme como persona... Me parecía que el poder había abandonado mi útero desatendido y había subido a mi cerebro, y desde este lugar de cuestionable ventaja podría retar otros cerebros. Me parecía que si se hubiera quedado en su lugar debido los hombres me hubieran querido de verdad..."[18]

Dodge, a pesar de su independencia y brío en el territorio intelectual, no pudo librarse de los supuestos patriarcales que esclavizan a la mujer. Necesitaba de un hombre y quería tener más hijos para dar prueba de su "feminidad". Sin embargo, concebir hijos y parir son experiencias momentáneas que no dejan más que un recuerdo —de dolor, angustia, alegría, gozo...— cuando la vivencia de la relación madre-hija, la creación de este vínculo que exige que las dos reconozcan tanto su Yo propio como el Yo de la otra, es lo que perdura y lo que nos puede salvar de lo que Mary Daly llama "el Reino del Terror, el reino de los padres y de los hijos varones".[19]

* * *

La Historia, la historia de ellos (his/story en inglés), ha excluido a la mujer; este hecho ha sido documentado y expuesto por nosotras y por nuestras colegas en otros países a lo largo de los últimos treinta años —tres décadas desde que la mujer/las mujeres nos propusimos tomar la palabra. Gracias a esta labor, hoy somos conscientes de que lo que llamamos "nuestra" cultura, tanto como el conocimiento ontológico, están basados en una mitología centrada en el hombre— el hombre que mata para sobrevivir, el hombre que desprecia a la vida, a la naturaleza y a la mujer, a su madre. Hasta qué punto esta cultura "nuestra" nos desprecia lo vemos en el hecho de que emplaza sus orígenes en la figura del hijo matricida: Orestes que mató a Clitemnestra, Edipo cuyo amor incestuoso conduce a su madre, Yocasta, a la horca...[20] Revalorizar los mitos, aprender a releer los textos, crear nuestros propios mitos y textos, es de primordial importancia si hemos de sobrevivir a nuestra ne-

18. Mabel Dodge Luhan, *Movers and Shakers.* Vol. III. *Intimate Memories* (1936), Kraus Reprints, New York, 1971, p. 44.

19. Mary Daly, *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism* (1979), The Women's Press, London, 1987, p. 40.

20. Véase Luce, Irigaray, «The Bodily Encounter with the Mother» en Margaret Whitford, ed., *The Irigaray Reader*, Blackwell, London, 1993, p. 36. (El original se encuentra en Irigaray, Luce, *Sexe et parentes*, Minuit, Paris, 1987.)

©Universitat de Barcelona

gación, a nuestra no-existencia como mujeres, y como madres. Dice Hélène Cixous: "Intención: deseo, autoridad —examínalos y verás que te conducen directamente ... al padre. Incluso puede ser que ni nos demos cuenta de que no existe un lugar para la mujer en los cálculos. En última instancia, el mundo de «ser» puede funcionar sin la presencia de la madre. La madre no hace falta, siempre que haya quien nos cuide: y es el padre, entonces, quien asume el papel, quien es la madre. La mujer o bien es pasiva o bien no existe. Lo que queda de ella es impensable, no pensado. Lo cual desde luego significa que no se piensa en ella, que no entra en las oposiciones, que no hace pareja con el padre (quien hace pareja con el hijo)."[21]

Nosotras, pues, para establecer una realidad verdaderamente *nuestra*, debemos hacer pareja con nuestras madres, y con nuestras hijas —que son las que crean nuestro linaje y con las que podríamos soñar en crear un mundo feliz, utópico, como el de *Herland* de Charlotte Perkins Gilman...[22] Por supuesto, esta alianza no le agrada al patriarca, al creador de los mitos, a quien se empeñó en quitarle Perséfona a Demeter —aunque se la devolvió, pero sólo unos meses al año.

La relación entre madre e hija es una que todas conocemos íntimamente; queramos o no, somos hijas, y somos además, madres en potencia. A pesar de todas las teorías populares (léase patriarcales) que nos imponen la imagen de la joven madre, feliz con su recién nacido, cambiando pañales con una destreza intuitiva, este hecho de ser hija no nos prepara para ser madre. Es más, las relaciones entre madres e hijas son a menudo tensas y difíciles, y nos olvidamos del gran amor que sentían Demeter y Perséfona, sustituyéndolo por la desconfianza y el desdén más propios de la agresión masculina que de las cualidades relacionadas típicamente con la feminidad.

El psicoanálisis —en una versión que tergiversa los conceptos freudianos y que ha sido popularizada, comercializada, y convertida casi en religión en los Estados Unidos— señala a la madre como la culpable de todos los complejos que amargan nuestras vidas. Mickey Pearlman asegura que "echar la culpa a la madre", en todas sus variantes críticas, psicológicas y teóricas, es un pasatiempo nacional norteamericano tanto de hombres como de mujeres.[23] La psicóloga Dorothy Dinnerstein abrió en los Estados Unidos el debate sobre el papel de la madre, insistiendo en que el cambio de los roles masculinos y femeninos dentro de la familia es vital para la continuidad de la raza humana. Dinnerstein nos hizo

21. Hélène Cixous, *The Hélène Cixous Reader*, (ed., Sellers, Susan), Routledge, London, 1994, p. 39. (El original se encuentra en *La Jeune Née*, Union Générale d'Editions, Paris, 1975, p. 116.)

22. Charlotte Perkins Gilman, *Herland* (1915), The Women's Press, London, 1979.

23. Pearlman, p. 1.

©Universitat de Barcelona

reflexionar sobre el papel de la maternidad en nuestra sociedad: publicó *The Mermaid and the Minotaur* en 1976 como resultado de una larga reflexión, como ella misma dice en su Prefacio, sobre la situación humana que la rodeaba en aquel momento.[24] El terror ante la aniquilación de la humanidad —la amenaza atómica y la destrucción de la naturaleza— le llevó a identificar la causa de esta carrera entrópica en el concepto y ejercicio de la maternidad que impone una dependencia total sobre la madre a nuestros hijos e hijas.

Según Dinnerstein el mal no está en que sea la madre la que críe a sus hijos e hijas, sino en la falta que sufren éstos de una relación afectiva y de dependencia con un hombre desde los primeros momentos de vida. Nuestros primeros años los vivimos dominados por un ser femenino, que atiende a todas nuestras necesidades y a quien identificamos con la naturaleza. El trauma de desprendernos de este ser femenino ocasiona una sensación de pérdida —vivida, según Dinnerstein, más intensamente por el niño que por la niña— que no nos abandonará jamás. Ya Freud había señalado la importancia de la presencia maternal en la infancia y de la necesidad de la separación; pero para Dinnerstein esta presencia exclusiva que conlleva la ausencia del padre, puesto que incide en la conformación del adulto, es la causa de la inminente devastación del mundo en el que vivimos. La solución ofrecida por Dinnerstein es la de compartir los cuidados de nuestros vástagos; al conocer el niño a dos personas de sexos diferentes desde sus primeros momentos, su desarrollo ecuánime se verá potenciado, y no conocerá la agresión que la pérdida de los vínculos excesivamente fuertes con la presencia maternal le ocasiona. Por otra parte, la niña, al no vivir la autoridad de la madre como autoridad dominante derrocada por la figura masculina del padre, verá más fácil su relación con su futuro marido y sus hijos. Niño y niña, al ser descartada la violencia y la agresión de sus vivencias infantiles, contribuirán a la creación de un mundo pacífico y respetuoso con la naturaleza. Imbuida de un candoroso optimismo, Dinnerstein nos asegura que el padre hará partícipe del niño de todas sus buenas cualidades masculinas (sus cualidades "malas" se esfumarían con las nuevas responsabilidades adquiridas), ayudando así a la creación de un mundo más equitativo, justo e integrado con la naturaleza.

Los argumentos de Dinnerstein convulsionaron al movimiento feminista en los Estados Unidos, que recogió sobre todo su insistencia en la necesidad de los padres de compartir los cuidados del niño, y el énfasis en la androginia básica de todo ser humano. Lo que debemos recalcar aquí es que Dinnerstein —sin proponérselo— consi-

24. Dorothy Dinnerstein, *The Mermaid and the Miotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise* (1976) fue publicado en Inglaterra con el título *The Rocking of the Cradle and the Ruling of the World*, 1978. La edición utilizada para este trabajo es la de The Women's Press, London, 1987.

©Universitat de Barcelona

guió reforzar la argucia que permite culpar a la madre de todos los complejos y todos los males que va a sufrir su hijo/a. Al insistir en su presencia real en la vida de todo niño, y al estudiar los procesos que nos hacen repetir las mismas estructuras sociales, aún cuando comprendemos los beneficios que traería un cambio, seguimos enfocando negativamente a la madre. Y ella (igual que en las teorías patriarcales más puras) resulta ser la responsable, la culpable de prolongar una situación injusta.

Otras interpretaciones del psicoanálisis intentan suavizar esta acusación; sobre todo la obra de Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering* (1978), salva a la madre de este tremendo complejo de culpabilidad que la quiere abrumar.[25] Chodorow también aboga por una paternidad compartida, pero sus razones no proporcionan una visión afable del varón; considera que actualmente el niño desarrolla su identidad negando el vínculo con la madre, único modelo que tiene en sus primeros días. Si el padre también estuviera presente en los primeros contactos sociales, el proceso de individuación no sería tan negativo, ni tan penoso. Además, en la etapa pos-edípica, la niña —cuyo proceso de individuación pasa por el reconocimiento de la continuidad y la igualdad con la madre y la aceptación del significado del "otro", del padre— conocería ya al hombre y no tendría que adaptar su visión del mundo a esta nueva categoría de seres que irrumpe, siempre negativamente, en su vida.

Quedó, pues, justificada la necesidad del cambio en la organización social, dándole más protagonismo al padre, pero quedaba por resolver el papel de la madre, así como su reincorporación como persona en la vida de la familia y de la sociedad. Luce Irigaray, exponente de un feminismo francés que acaparó la atención de las norteamericanas en la década de los ochenta, lo expresa así: "¿Entonces qué es una madre? Alguien que hace los gestos estereotípicos que tiene mandados, alguien que no tiene un lenguaje personal y que carece de identidad. ¿Pero cómo, en nuestro papel de hijas, podemos tener una relación personal con alguien que no es más que una función, cómo construir una identidad personal con una función?

En cierto sentido debemos despedirnos de la omnipotencia maternal (el último refugio) y establecer una relación recíproca de mujer a mujer con nuestras madres, una relación en la cual quizás ellas lleguen a reconocerse como nuestras hijas. Esta es una precondición indispensable de nuestra emancipación de la autoridad de nuestros padres. En nuestras sociedades, la relación madre/hija, hija/madre constituye un núcleo altamente explosivo. Pensar en él, cambiarlo,

25. Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering*, University of California Press, Berkeley, 1978. Traducido al español por Oscar L. Molia Sierralta, *El Ejercicio de la Maternidad*, Gedisa, Barcelona, 1984.

©Universitat de Barcelona

es equivalente a convulsionar el orden patriarcal."[26]

Mary Daly, en *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism*, donde reflexiona sobre la condición de la mujer, expresa la misma necesidad al decir: "Cuando una mujer llega a reconocer a la Hija en su Yo, en su madre, hace contacto con su verdadera tradición. Ve la cara de la promesa divina que ella misma alberga. Al compartir este reconocimiento, madres e hijas se hacen hermanas en la lucha común. Vuelven a ser amigas."[27]

El mismo sentimiento yace tras las tan conocidas y tan repetidas palabras de Virginia Woolf, cuando nos asegura que "si somos mujeres, pensamos a través de nuestras madres".[28]

Si pudiésemos recrear en nuestras vidas estas relaciones ideales entre madres e hijas podríamos olvidarnos de los complejos, de las culpas y de las responsabilidades; nos regocijaríamos en una relación de amor puro con nuestras madres y nuestras hijas. No será fácil establecer tal relación en la sociedad actual. El patriarcado se ha encargado de borrar los lazos que podrían unirnos, de silenciar nuestras voces, de anular nuestra tradición. Virginia Woolf se lamentaba de la falta de modelos que podrían instruir a la mujer y señalarle el camino; cuando una mujer emprende cualquier acción profesional, se encuentra sola, sin "madres" que la guíen.[29] Así, la mujer que decidía dedicarse a las letras, miraba hacia atrás, y no encontraba escritoras del pasado de las que pudiera aprender, ni contra las que pudiera rebelarse. Encontraba grandes obras sobre guerras y aventuras, mundos para ella desconocidos. Toda mujer que cogía la pluma tenía que disfrazarse de pionera, abrirse el camino, y enfrentarse con la crítica, con los cínicos comentarios de maestros; Robert Southey, poeta laureado regañaba así a Charlotte Brontë, futura autora de *Jane Eyre*: "La literatura no puede ser central en la vida de una mujer, ni debe de serlo. Cuanto más se dedica a las obligaciones propias de su sexo, menos tiempo tiene para escribir... Aún no has sido llamada a cumplir con estas obligaciones, pero en cuanto lo seas, menos ansiarás la celebridad."[30]

¿Pero, quién nos va a enseñar a escribir, si no lo hacen nuestras madres? Los hombres se arrogaron el privilegio de la creación literaria, y no quieren hacernos un hueco. En 1973, Harold Bloom escribía, "desde los hijos de Homero a los hijos de Ben Johnson, la influencia poética ha sido descrita

26. Op. cit., p. 50.

27. Daly, p. 347.

28. Virginia Woolf, *A Room of One's Own* (1929), Granada, London, 1985, p. 72. (Traducido al español por Laura Pujals, *Una habitación propia*, Seix Barral, Barcelona, 1986.)

29. Ib., p. 72.

30. Citado en Lyndall, Gordon, *Charlotte Brontë, A Passionate Life*, Vintage, London, 1995, p. 65.

©Universitat de Barcelona

como una relación filial" ya que el proceso de escribir depende de "la batalla entre dos contendientes de fuerza igual, padre e hijo, contrincantes todopoderosos, Layo y Edipo en la encrucijada".[31] Y, con loable coherencia, en su obra reciente sobre el canon literario, apenas da entrada a unas pocas mujeres...[32]

La historia y la literatura norteamericana canónica —y no olvidemos que la literatura plasma a la vez que crea una cultura— ha alejado de sus páginas todas las preocupaciones nuestras, especialmente aquella, la más temida, que constituye el núcleo madre-hija. Debemos recuperar la maternidad y la relación con nuestras hijas y madres para nosotras; la sociedad patriarcal ha querido dominar todos los aspectos de nuestras vidas, pero sobre todo éste, que es donde reside gran parte de nuestra fuerza, de nuestro poder, y de nuestro deleite. Nosotras, si somos sabias, sabremos compaginar la maternidad y la condición de hijas con nuestras demás aspiraciones. Al menos, gracias al movimiento feminista, hemos ganado ya un espacio en la historia y en la literatura que nos permite estudiar nuestro papel en la sociedad y adaptarlo a lo que queremos ser. Somos libres de elegir nuestro camino y a veces hasta lo que puedan parecer los excesos del feminismo radical nos pueden ser útiles; según Mary Daly: "El feminismo radical impulsa la dinámica inherente a la relación madre-hija hacia la amistad, que el sistema dominado por el hombre estrangula. El feminismo radical significa que las madres *no* exigen el sacrificio del Yo de las hijas, y que las hijas no lo exigen de sus madres, que es lo que hacen los hijos en el patriarcado. Lo que ambas exigen una de la otra es un movimiento valiente que en sus raíces más profundas es mítico, un proceso de romper hechizos y de crear mitos."[33]

31. Harold Bloom, *The Anxiety of Influence*, Oxford University Press, New York, 1973, pp. 26, 11.
32. Harold Bloom, *The Western Canon: The Books and School of the Ages*, Macmillan, London, 1995.
33. Daly, p. 39.

©Universitat de Barcelona